

CUADERNOS
DE HORIZONTE

*Recóndita
armonía*

*Un paseo por Florencia
y la Toscana*

CARLOS PASCUAL

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Colección Cuadernos de Horizonte, 31

© del texto: Carlos Pascual, 2024

© De esta edición: FESTINA LENTE EDICIONES, SLU, 2024

Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo, 2024

Publicado por LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lalineadelhorizonte.com

info@lalineadelhorizonte.com

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Imagen de cubierta: *Cabalgata de los Reyes Magos* (detalle),

Benozzo Gozzoli. © Raffaello Bencini / Bridgeman Images

ISBN: 978-84-127475-5-3

THEMA: WTL, 1DST | Depósito Legal: M-10574-2024

Imprime: Estugraf | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Recóndita armonía

INTRODUCCIÓN ...	9
EPIFANÍA DEL PAISAJE ...	13
«¡VIVA LA GENTE NUOVA!» ...	21
LA ETERNA JUVENTUD ...	31
RECÓNDITA ARMONÍA ...	47
BUENOS DÍAS, BABILONIA ...	57
EL COLOR DE LA TIERRA ...	67
UN MANHATTAN MEDIEVAL ...	79
BRUMAS, SARCÓFAGOS Y VAMPIROS ...	89
LA SONRISA ETRUSCA ...	99
NÁUFRAGOS Y PROSCRITOS ...	111

INTRODUCCIÓN

Uno puede viajar muchas veces, a muchas partes. Pero siempre existe un viaje especial, único, inicial o, cabría decir, *iniciático*. El viaje que hay que realizar una vez en la vida. O muchas. Con maleta o con los ojos cerrados. Con el deseo y la fantasía, siempre.

Desde los albores de la era moderna, el destino de los espíritus más selectos e inquietos de Europa estaba claro: Italia. La meca del obligado *Grand Tour*. Con parada muy significada en Florencia, la capital de la Toscana. Porque allí se despertó la conciencia y, sobre todo, la sensibilidad de Europa, donde Dante, Boccaccio o Petrarca no solo fijaron la lengua italiana, sino que además pusieron algunos ladrillos esenciales de la nueva forma de contar el mundo. Lo mismo que, desde otra óptica, hicieron Maquiavelo o Galileo. Y qué decir del arte: Leonardo, Miguel Ángel, Botticelli, Brunelleschi, Giotto, Donatello, Fra Angélico... Ellos encarnaron el renacer de las artes, un *Renacimiento* que haría espabilar de la modorra medieval a las naciones del Viejo Continente.

Ese peregrinaje espiritual empezó muy temprano, y la nómina de fieles sería tediosa: el francés Montaigne fue de los más madrugadores, viajó a Italia en 1580, aunque su *Diario del viaje a Italia* fue publicado en 1770. Algo parecido ocurrió con el gran Goethe, que viajó durante dos años por varias urbes italianas en 1778, pero su *Viaje a Italia* solo se publicó en 1816.

El siglo XIX fue un verdadero trajín. Desde Inglaterra llegó Charles Dickens (*Estampas de Italia*, 1846). También Henry James, americano que obtuvo nacionalidad británica (*Retrato de una dama*, 1881; *Roderick Hudson*, 1875; *Italian Hours*, 1909), así como George Eliot (*Romola*, 1862). Pisando ya el siglo XX, E. M. Forster ambientó en Florencia *Una habitación con vistas* (1908), y en San Gimignano, *Donde los ángeles no se aventuran* (1905).

Más tarde, la Toscana sirve de inspiración a Somerset Maugham (*En una villa florentina*, 1941), a Aldous Huxley (*A lo largo del camino*, 1925; *El tiempo debe detenerse*, 1944) y a D. H. Lawrence (*Atardeceres etruscos*, 1932). Incluso el atribulado Salman Rushdie sucumbe a los encantos de la región en su novela *La encantadora de Florencia* (2008).

Son solo algunos nombres más conocidos. Y aún deberíamos añadir al francés Alejandro

Dumas, al alemán Herman Hesse... y a los nuestros: de Moratín (*Viaje a Italia*, 1867) a Unamuno (*Apuntes de un viaje por Francia, Italia y Suiza*, cuadernos de un viaje hecho en 1889), por solo citar un par de ejemplos.

En el pasado, estos viajeros ilustres nos transmitían su experiencia a través de novelas, diarios o libros de viaje. Hoy día existe un lenguaje nuevo e invasivo: el cine. En este libro vamos a tenerlo muy en cuenta. También a la música.

Porque esto no es una guía, en sentido convencional. Están los lugares, sí, todos o casi. Pero son más que nada un motivo de admiración, de reflexión, un estímulo para sacar chispas, pistas o sugerencias, convocar recuerdos; como decimos en castellano, levantar la liebre. Algo parcial y, seguramente, caprichoso; como diría Jan Morris, la última en partir (nos dejó para siempre en 2020), «un retrato subjetivo e impresionista».

Porque de eso se trata, en definitiva. De un *selfie*. Florencia y la Toscana nos han modelado, aun sin saberlo, desde niños, desde el bachillerato (o como lo quieran llamar en cada reforma educativa). Son, en cierto modo, el territorio de nuestra infancia. Somos nosotros. Y en ese sentido la Toscana es inabarcable, inagotable. Un espejo infinito.

Vamos a ello.

EPIFANÍA DEL PAISAJE

Es la cabalgata de reyes más vistosa que cabría imaginar. Para verla, hay que subir a la planta alta del palacio Medici-Ricardi de Florencia, a pocos pasos del *duomo*. Allí, en la Capella dei Magi, hay un fresco alargado y partido que ocupa la pared. Es el *Cortejo de los Reyes Magos*. En términos litúrgicos, la Epifanía del Señor, es decir, la manifestación del nacimiento de Cristo a los pueblos gentiles. Hay varias cosas sorprendentes en esta obra de Benozzo Gozzoli: una de ellas es que algunos de los personajes que aparecen en escena son retratos de personas reales, importantes en la época en que fue pintado el fresco (siglo XV), como Cosme el Viejo y Lorenzo el Magnífico.

Otra cosa que sorprende es el paisaje, verdadero protagonista del cuadro. Se diría que el cortejo, los personajes, han sido puestos para apostillar y acotar el espléndido abanico vegetal y mineral que discurre por el muro. Llamen enseguida la atención los cipreses, que parecen miliarios o mojones del camino, y que tantos caminos escoltan en la Toscana. Benozzo los pintó también en el Camposanto de Pisa, y en otras obras suyas.

Y en la primera pintura conocida de Leonardo, una *Anunciación* que puede verse en los Uffizi, los cipreses del fondo son algo más que un decorado o un relleno, son como la voz delgada, espiritual del propio ángel.

El ciprés se ha convertido en un símbolo de la Toscana, elemento recurrente en fotos y postales. Parece que la afición por este árbol provenía de los etruscos; para ellos era un símbolo cuasi religioso, una especie de rendija al más allá. La caída en desgracia del ciprés vino pronto, con el poeta romano Ovidio y su mito de Cipariso. En *Las metamorfosis*, cuenta Ovidio que Cipariso era el muchacho más bello de la isla de Cos, y amante de Apolo. Tenía el efebo un cervatillo al que mimaba como a una mascota, y al que hirió de muerte sin querer. El dolor y desconsuelo del muchacho fue tal que Apolo, con las lágrimas, modeló sus cabellos en forma de pirámide y aseguró a Cipariso que estaría presente en todos los duelos, siendo para siempre compañero de los afligidos.

La Iglesia católica se tomó el mito al pie de la letra. El ciprés se convirtió en cirio lúgubre de los cementerios. Hasta que lo redimió de ese destino siniestro el sentimiento estético de los renacentistas toscanos, que supieron apreciar más que nada su esbelta elegancia. Al menos por estas tierras, que no en el resto de la cristiandad.

Pero el ciprés no es el único árbol en el mural de Benozzo. Se ven también palmeras, olivos, árboles frutales, una flora minuciosa, preciosista. Y acantilados lechosos, y rocas caprichosas, y tal vez el lecho escondido de algún río. Una estampa temprana de lo que sería en el Barroco el *hortus amoenus* o el *hortus clausus*: un espejo terrenal del paraíso perdido. El fresco de Benozzo Gozzoli muestra, en fin, el paisaje espléndidamente diverso de la Toscana. La epifanía del Señor se convierte así en una epifanía del paisaje.

El pensador francés del siglo XVII Blaise Pascal decía en sus *Pensamientos* que la cultura es una segunda naturaleza. En la Toscana parece no haber oposición entre naturaleza y cultura: el paisaje toscano es el más civilizado del mundo. Tal vez convenga realizar una pequeña digresión sobre el paisaje *natural* y esa segunda piel *cultural* con que le representaron los artistas locales.

En los siglos medievales, y hasta entrado el siglo XIV (el que llaman los italianos el *trecento*, más fácil de entender así), el paisaje prácticamente no existía para el arte. El fondo de las pinturas de santos o escenas religiosas era el brillo dorado de herencia bizantina. Es lo que predomina aún en muchas obras de la llamada escuela sienesa y en las tablas de Cimabue. Fueron sus

discípulos Duccio di Buoninsegna y sobre todo el más joven Giotto quienes comenzaron a olvidarse de los oropeles (el «estilo griego» que llamaba el renacentista polifacético Giorgio Vasari) para introducir en sus frescos un apunte paisajístico *naturalista*, cada vez más relevante.

En el siglo siguiente, el *quattrocento*, en perfecta sintonía con los maestros flamencos y con el nuevo empleo de la pintura al óleo, el paisaje forma parte importante de la escena, a veces parece incluso querer adueñarse de ella. Al igual que sus colegas flamencos, Botticelli o Fra Angélico son tan minuciosos al representar los árboles, plantas y flores, por minúsculos que sean, que sus cuadros podrían valer para ilustrar un catálogo de botánica.

En esa misma generación, el paisaje representado por los artistas se irá despojando más y más del preciosismo medieval para adaptarse a la nueva era renaciente y humanista. La perspectiva pasa a dominar y ordenar la escena. La perspectiva lineal, desde luego, gracias sobre todo a los encuadres arquitectónicos de palacios, logias o unas simples ruinas (lo que hace Masaccio de una forma descarada en su *Trinidad* de Santa María Novella, en Florencia).

Asimismo se descubre la perspectiva aérea. No otra cosa es el *sfumato* de los fondos de

Leonardo. Para los pintores, será en adelante un axioma adquirido. Y no solo para ellos, también para los escultores: los paneles que Ghiberti realizó para las puertas del Baptisterio de Florencia (obra que ocupó su vida entera, desde los veintún años) consiguen con el bronce el mismo efecto atmosférico que los pintores en sus frescos o lienzos, gracias al *rilievo schiacciato*, o sea, un bajorrelieve apenas insinuado. Y aún cabría meter en danza a los arquitectos, ya que a partir de esa época incorporan el paisaje a sus edificios civiles, en forma de patios, jardines o laberintos. Pero esto nos distraería demasiado.

Lo que nos interesaba señalar, recurriendo al arte, es la *naturaleza* misma y la explosiva diversidad que se despliega en la Toscana. El mapa de la Toscana. Y no todo lo que ese mapa abarca está reflejado en los cuadros de los pintores. Aunque no sea la más extensa de las regiones de Italia, la Toscana es la que tal vez mejor encarne esa disparidad que hizo de la nación un mosaico o galimatías político, hasta la unificación de Garibaldi. En cierto modo, la Toscana viene a ser, para lo mejor y lo peor, una Italia en miniatura.

Son diez las provincias que abarcan la región en la actualidad: Massa-Carrara, Lucca, Pistoia, Prato, Livorno, Pisa, Florencia, Grosseto, Siena y Arezzo. Diez sistemas solares con un

sopicaldo planetario de pequeñas ciudades orbitando a la capital, junto a *borghi* y *paesi*, pueblos y pedanías; más los asteroides campestres de castillos, torres, abadías y granjas aislados. Conformando entre todos esa galaxia enérgica que concentra en buena parte los genes de la civilización europea moderna.

La diversidad de paisajes toscanos es acorde, podría decirse, con cierta disparidad de caracteres, irreductibles a veces, a tenor de las continuas peleas. En el norte de la región, forma frontera la cordillera de los Alpes Apuanos. Dura, blanca no por la nieve, sino por el mármol de Carrara, materia prima de los escultores toscanos; en la película *El tormento y el éxtasis* (1965) de Carol Reed, y mejor aún en la de Andréi Konchalovski *Il peccato* (2019), se ve cómo se las ingeniaban para arrancar con medios rudimentarios gigantescos bloques de mármol para las estatuas de Miguel Ángel.

La montaña se prolonga, dulcificada, en los Apeninos que guarecen el amplio valle del río Arno o Valdarno, al que se abren valles satélites como la Garfagnana, que vertebrada el río Serchio desde el norte, o el Val d'Elsa que se abre por el sur. Hacia el levante y sur de la región también hay montaña, pero mucho menos bravía, intermitente, más blanda, formada por el *tufò*

volcánico o toba donde los antiguos etruscos cavaban fácilmente sus ciudades y tumbas.

Los valles del norte enhebran ciudades con el hilo líquido de un río, como el Arno, que engarza Arezzo con Florencia y Pisa. Pisa es para muchos la puerta de entrada, gracias a su aeropuerto internacional. Muy cerca de Livorno, que es a su vez el *puerto* de entrada para los cruceros turísticos. Célebre por eso y por ser cuna de Pietro Mascagni, el autor de la ópera *Cavalleria rusticana*; la ciudad honra a su paisano con la Terrazza Mascagni, paseo marítimo que es el principal ágora de encuentro para los vecinos; para los cruceristas, en cambio, el interés se vuelca en los bastiones de la Fortezza Vecchia, justo frente al puerto, por donde además se accede al barrio de Venezia Nuova, un pintoresco trezado de canales.

Las suaves colinas del centro —*colli sienese*—, el Val d'Elsa y otras vaguadas nutren las viñas del *chianti* y otros vinos afamados. El *chianti* viene a ser un país o provincia subrepticio, dividido en el *chianti fiorentino* y el *chianti senese*. Por allí lo que predominan son los viñedos, claro está, pero no faltan los otros señores de la tríada mediterránea: el olivo y el trigo (o la cebada y el maíz, que también los animales tienen que alimentarse). Esa es la parte de la Toscana

que podría considerarse más épica o heroica, pues reúne mayor número de castillos y pueblos amurallados que tan buen juego dan a fotógrafos o cineastas.

Algo más al sur, un corredor como el Val d'Orcia conjuga de tal modo naturaleza y arte que ha sido declarado por la Unesco patrimonio de la humanidad el valle entero. Casi todas las imágenes icónicas que se ofrecen de la Toscana, con hileras de *cipressini* jalonando los caminos o envolviendo granjas, proceden de este valle. El cine aquí se ha cebado.

20 Y arrimada al mar, en el sur, la Maremma, la marisma ahora domeñada, desecada, cultivada; protegida en gran parte como parque o reserva. Y las islas del archipiélago toscano, que la Toscana es también mar, con nombre propio: el Tirreno; industrial en Livorno, más turístico en la isla de Elba y las playas del sur.

Un microcosmos, en fin, esta región de la Toscana que nos aguarda. Un atlas de historia, arte y paisaje en el que sumergirse puede llegar a ser agotador, pero nunca cansado. Y mucho menos aburrido. Y siempre provechoso.